

La economía y la prevision son patrimonio de la clase media; en ella el deseo de conservar y de adquirir mantiene esta ascension progresiva que constituye la vida de nuestra sociedad, y produce mejoras de que saca provecho. Este anhelo nutre las virtudes domésticas, el espíritu de asociacion, el sentimiento de la igualdad, que es la base de la justicia. El que se ha engrandecido padeciendo y gozando con sus semejantes, mezclándose á sus intereses y á sus pasiones, no se aísla á semejanza del hombre opulento, ni se abandona á la desesperacion á semejanza del indigente, sino que busca en el bien comun su propia ventaja; ama á la patria, porque vé que del bien comun dependen su prosperidad ó su ruina. De esto resulta que conserva los recuerdos que reaniman el valor y alimentan la esperanza.

Esta clase útil habia desaparecido en el imperio, compuesto de propietarios de una colosal fortuna y de mendigos, entre los cuales habia un abismo. Encierran las grandes ciudades un extraordinario hacinamiento de artesanos y de libertos, viviendo del tráfico al pormenor que el monopolio imperial les deja, ó empleándose en alimentar el lujo y en secundar las voluptuosas inclinaciones de los ricos. Por lo demas, es una muchedumbre pobre y menospreciada, inquieta y revoltosa, amenazadora y tímida. Ya no se agita como en los tiempos de los Coriolanos y de los Appios por sus propios derechos ó por los intereses de la patria, sino por pan y por juegos, para pedir que los cristianos sean arrojados á las fieras, para sostener á un precio regateado las cábalas de los eunucos y de los favoritos que se hinchan de oro en el discurso de pocos años, vendiendo las mercedes del monarca.

En las provincias, la nobleza imperial, en la que recaian las altas magistraturas, se asemejaba á la de Roma, y propagaba á lo lejos la corrupcion de la metrópoli; investida la nobleza local con los honores municipales, aspiraba á amoldarse al ejemplo ajeno.

Los aldeanos, porcion tan numerosa y tan vital de la poblacion moderna, se dividian en colonos libres y esclavos, distintos en el nombre más bien que de hecho, y muy poco superiores á los animales que les ayudaban á labrar los campos. Distantes de allí los amos,

propietarios de inmensos dominios, delegaban su autoridad en algun esclavo ó liberto predilecto, el cual ejercia sobre los colonos el orgulloso y cruel depotitmo del servidor que manda. Muy lejos de inspirar aquellos infelices los sentimientos que inbuyen adhesion á la patria, ó de dar realce á su valor con una instruccion cualquiera, sus amos les querian ignorantes é inermes, por miedo de que algun dia llegaran á emplear su mente y sus brazos contra la tiranía. No quedaba expedito al colono ningun medio legal para dirigir sus quejas á su amo, ni para formularlas en contra suya; agravado con un censo siempre en aumento, contraia deudas; cuando habia llegado á su colmo la opresion, apelaba á la fuga, abandonando casa, campos, familia, para ingresar en el servicio de otro y volver á empezar con él una série de padecimientos inevitables, á ménos que su primer amo le reclamara recurriendo á los procedimientos sumarios por la ley establecidos.

Si alguna cosa puede compensar la pérdida de la libertad, puede decirse que la suerte de los cultivadores esclavos era preferible á la de los colonos, porque á lo ménos aquéllos eran sustentados por sus amos, siempre deseosos de conservar semejantes máquinas animadas. Sin embargo, las fatigas y la dureza de los mayordomos ó inspectores les sujetaban á una temprana muerte, y no pudiéndose llenar los huecos con las victorias que ya habian cesado, era preciso comprarlos á los bárbaros vencedores ó entre los condenados á castigos. Estos, que no sabian soportar una opresion en que no habian nacido, no permanecian tranquilos sino bajo el látigo y las cadenas; á la primera ocasion se escapaban, y desprovistos de recursos se entregaban á la vagancia, ó bien, poniéndose de acuerdo, degollaban á sus amos y se metian en los bosques con el nombre de bagaudos, de limigantes ó bajo otro cualquiera, para vivir allí de robos á mano armada, como los negros cimarrones en las colonias americanas. Salvio se inclina á justificar sus rebeliones. *¿Como, dice, osamos llamar rebeldes y criminales á aquellos á quienes nosotros mismos empujamos al crimen?*

No esperando ya aquellos miserables nada de los romanos, procuraban ponerse bien con

los bárbaros, aprendian su idioma, les servian de guías é insultaban los desastres del pueblo, despues que se habian libertado de sus cadenas; ó bien lanzándose fuera de sus guaridas caian sobre los cultivadores, acrecentando más y más sus miserias. Si el propietario atacado ó amenazado era algun senador opulento, podia requerir la fuerza pública, á la par que el pequeño propietario se hallaba expuesto sin defensa alguna al peligro, vedándole las leyes el uso de las armas.

No le quedaba, pues, más arbitrio que vender su pequeño campo á algun vecino henchido de riquezas ó dejarlo valdío, dado que no se lo arrebatara el fisco en pago de las ominosas contribuciones atrasadas, porque aquella llaga de la fiscalía, ya señalada antes por nosotros, se habia aumentado á consecuencia de una porcion de vejaciones imaginadas por la refinada avaricia de los emperadores, y con servidumbres inventadas para encadenar á las personas y á las propiedades. Hallábanse adheridos los esclavos al amo, los colonos al terruño, los artesanos al oficio, de la misma manera que los decuriones al municipio con sus personas, con sus bienes, con sus hijos, con el derecho de sucesion, con el amor al suelo nativo. Un gobierno ajeno al arte de reproducir las riquezas que consumia cuando se habia interrumpido la conquista, único manantial de donde las sacaba, tuvo que explotar á sus súbditos con una tiranía minuciosa y llevada al último extremo. A medida que declina el imperio van disminuyendo notablemente las ventajas eventuales que su poder proporcionaba á las provincias, y cada vez más avariento de hombres y de dinero, pide tanto más á los contribuyentes cuanto ménos se ocupa de su bienestar.

Pero los súbditos, á quienes de nada aprovechan aquellos impuestos, no los pagan tampoco; pues bien, se manda que los paguen los decuriones. Abandonan las tierras; pues bien, se obliga á que las compren á los demas propietarios. Los decuriones, aborrecidos porque se han convertido en opresores, llenos de encono porque á su vez son tiranizados, se sustraen á sus funciones municipales; pues bien, se les sujeta á ellas por la fuerza; son conferidas además á los bastardos, á los judíos, á los sacerdotes indignos, á los desertores.

De esta suerte «El título de ciudadano romano, antes estimado y adquirido á enorme precio, se eludia y repudiaba ahora como infame:» el sistema de los municipios, que dió á Italia dos épocas de grandeza, se habia convertido á causa de la códicia del fisco y de la odiosa arbitrariedad de los exactores en un odioso sistema de opresion la más vasta y más inmediata que se ha inventado nunca; y las ciudades, sin bienes raíces y sin jefes, ni aun siquiera eran capaces de defenderse á sí mismas.

Todavía podian defender ménos al Estado. En efecto ¿Cómo habian de cuidarse de sus peligros cuando á él no las unia ningun lazo más que la enormidad matadora del impuesto? Méenos penoso era el método de exaccion, tan sencillo como arbitrario de los bárbaros, que aquella lenta estorsion bajo un gobierno corrompido, en que los andrajos de una libertad destronada se mezclaban con los horrores de una servidumbre efectiva. Millares de esclavos sólo aspiraban á la hora en que vieran sumidos en la humillacion á sus soberbios amos, y les arrojaran al rostro sus cadenas. Sometidos los aldeanos al omiso encabezamiento y á intolerables servicios corporales, ofrecian sus brazos á cualquiera que les otorgara algun alivio, ó á lo ménos un cambio de males. Agitábanse los moradores de las ciudades para desprenderse de aquella inmensa red de tiranía que envolvía al mundo entero, desde el emperador hasta el último esclavo.

¿Cómo despertar el patriotismo en corazones tan ulcerados? Y faltando este recurso ¿A qué palanca se podia apelar para imprimir movimiento á la sociedad antigua?

Ya caia la religion nacional á fines de la república, y cuantos esfuerzos hizo Augusto para restaurar su brillo como elemento de orden, fueron impotentes de todo punto. Una religion fundada en la creencia de un sólo Dios, aun cuando se extravió, puede ser vuelta á sus verdaderos principios, en razon á que reconoce un punto de partida estable y determinado. Careciendo la religion latina de una base sólida y única, sin moralidad íntima, en contradiccion con la razon y con las necesidades espirituales del tiempo, no podia cobrar nuevo realce una vez derrocada. Intentaron los Antoninos acudir en su ayuda introduciendo en ella la filosofia estóica que produjo en efecto principes ilustres

y energicos magistrados; pero la doctrina de esta escuela, además de sus defectos, jamás podía llegar á ser popular como conviene que una religion lo sea.

Aplicó el cristianismo el verdadero remedio. Muy en breve se refugiaron dentro del santuario las virtudes públicas y privadas; pero, lejos de defender al mundo antiguo, tanto los rígidos solitarios del desierto, como los sacerdotes de las ciudades, requerian con sus votos un mundo juvenil y nuevo; porque decir que una sociedad se disuelve, equivale á sostener que cobija otra sociedad en su seno, y que su fermentacion descompone los elementos de la antigua para formar nuevas combinaciones; no de otro modo se menea y cae el diente del niño, cuando lo empuja otro más vigoroso que quiere hacerse lugar en la encia. Esta operacion no puede consumarse sin mal estar y padecimiento del cuerpo todo; y sucedió lo mismo con el imperio. Aunque vital y santa la nueva doctrina, para abrirse paso tuvo que descomponer el orden subsistente en la apariencia, si bien totalmente roido por su base.

Primeramente declararon los emperadores la guerra á una multitud siempre creciente de súbditos reducidos por ellos á considerar como enemigo á un gobierno que aspiraba á poner trabas con el auxilio de medidas implacables á la religion, cosa la más libre que existe en el mundo. Cuanto más les hollaba con su planta aquel gobierno, tanto más se aislaban de su influjo, uniéndose entre ellos. «Si se vive, dice Orígenes, bajo un gobierno inicuo, y si no hay manera hábil de sustraerse á su autoridad recurriendo á las emigraciones, resulta de esto que los que se encuentran unidos por un mismo interés espiritual, se agrupan entre ellos con el fin de atender á la defensa de este interés contra las leyes existentes. De esta suerte fué como los cristianos se aliaron estrechamente bajo un imperio pagano, cuya constitucion es, sin ponderacion, mucho más insensata que la de los esciras; pero teniendo su union por objeto la verdad, aun cuando fuera contraria á las leyes, no lo es al derecho moral ni á la razon.» De consiguiente, desobedecian é iba debilitándose cada vez más la disciplina; todo magistrado honrado se veia en la necesidad de sostener una penosísima lucha entre la legali-

dad y su conciencia. Dentro de la misma ciudad, bajo un mismo techo, figuraba el uno como enemigo del otro, y de día en día se relajaban los vínculos de la sociedad y de la familia.

Al cabo, de la verdad fué el triunfo, si bien fueron numerosos aquellos que se obstinaron en las antiguas creencias, y cada nueva revolucion religiosa arrastraba inevitablemente consigo un grave perjuicio para el Estado. Ya enarbolara el triunfante lábaro el emperador Constantino, ya volviera á abrir Juliano los templos de los falsos dioses, ya tornara á postarse de hinojos delante de la cruz Joviano, quedaba privado irremisiblemente el imperio del brazo ó de las luces de aquellos á quienes su conciencia no permitia de ningun modo servir á un príncipe de diferente culto, hasta cuando no éran rechazados por la intolerancia.

Si causa extrañeza la circunstancia de que una fé que supo impeler á los individuos á tan generosos esfuerzos no influyera sino débilmente en la cosa pública, conviene reflexionar que el gobierno se conservó pagano hasta bajo las órdenes de los emperadores que habian abrazado el cristianismo; que, á excepcion de algunas leyes de derecho especial, la religion no dirigia los intereses públicos; que nunca, en fin, se halló un gran príncipe dotado de bastante energia ó de un talento sobradamente profundo para acometer la árdua empresa de crear una nueva organizacion, en conformidad con las verdaderas nociones de Dios y del hombre.

Por eso, aun cuando la sociedad civil y la sociedad religiosa parecieran reconciliadas, permanecian realmente tan opuestas y en tanta lucha como eran distintas en su origen y esencia. La nueva fé no habia bajado del cielo solamente para los romanos á semejanza del Paladion y de los escudos de Anco, sino que abarcando todo el género humano en su justicia y en su caridad, sustitua el amor de la humanidad al sentimiento estrecho y limitado del patriotismo antiguo. Comprendian los cristianos, y no eran los únicos en abrigar este convencimiento, que para regenerar el Estado no bastaba cambiar de costumbres y lenguaje, sino que convenia mudar tambien la direccion del gobierno; que este era el único recurso, no sólo del imperio, sino de la sociedad, cuando ya los

bárbaros combatian en las filas del ejército, gobernaban el Estado y á veces se sentaban sobre el trono. Léjos, pues, de deplorar la ruina de un orden de cosas exclusivo de cualquiera otro, veian en la invasion de los godos una extension de los derechos comunes, un rejuvenecimiento necesario, y en las rudas pruebas por las cuales pasaba Roma el justo castigo de sus iniquidades sanguinarias.

No se avivaban, pues, en su corazones el patriotismo egoista y el odio general contra los naturales de todos los países: muy léjos de esto, hacian vibrar en los oidos de la nueva Babilonia las amenazas de los profetas contra la Babilonia antigua. Sabiendo á ciencia cierta que el triunfo de la verdad y de la ley de la Providencia no habian de consumarse sino á la caida de Roma, parecia como si se regocijaran de las tribulaciones de la ciudad terrestre, que redundaban en gloria de la ciudad celeste. Este era para los gentiles asunto de graves acusaciones contra ellos; aflojábanse cada vez más los vínculos sociales, y resultaba de aquí un espíritu de persecucion y de desconfianza.

Ya las instituciones introducidas por el cristianismo habian causado la ruina de otras muchas. Reducidos quedaron los municipios á una condicion miserable tan luego como Constantino hubo aplicado sus bienes á las iglesias. Cesaron de ser el servicio militar y las magistraturas el único objeto de los hombres de accion y de inteligencia, desde el momento en que pudieron refugiarse dentro del monasterio ó del recinto de la escuela; las exenciones otorgadas al clero perjudicaban considerablemente los intereses de los legos. Despues, á la hora del peligro, caian en la exageracion cada uno de los dos bandos, ponian los unos toda su confianza en los mártires y en los milagros, y los otros en las ceremonias proscritas. En vez de buscar las razones presentes de los males, y los remedios que podian aplicarse oportunamente, no apercebían los cristianos más que una advertencia ó un castigo de Dios en ellos; al paso que los gentiles los atribuian á venganza de las desamparadas divinidades. Radagaso devasta la Italia y esto mueve á alborozo á los paganos, con la esperanza de que el culto de sus adversarios quedará sepultado bajo las ruinas; cuando Libanio implora del prefecto

Icario socorros contra el hambre y la epidemia que abruman á Antioquia, obtiene por única respuesta que una poblacion que horroriza á Dios no merece de ningun modo mejor suerte.

¿Qué vemos, pues, en Roma durante los últimos tiempos? Un fausto afeminado sobre el trono; usurpadores disputándose de continuo las provincias sin saber proveer á su defensa; los negocios públicos en manos de esclavos, de extranjeros, de favoritos y de eunucos; cortesanos ocupándose únicamente en intrigas; obispos en pugna y autores de cismas; generales bárbaros á la cabeza de ejércitos compuestos de bárbaros, magistrados buscando solícitos como en un refugio algunos vestigios de poder y de riqueza; una plebe ignorante, sin costumbres, de todo punto inhábil en el ejercicio de las armas, que agobiada por el infortunio, no es ya exigente, y aguarda siempre del porvenir lo que no le es dado proporcionarla; que derroca en un arrebato de odio, frecuentemente injusto, á aquellos á quienes ha encumbrado al trono en un instante de entusiasmo inconsiderado é indiscreto; una plebe, en fin, caida en aquella postracion del alma que nace de la servidumbre y de la persistencia de los males, que contempla impasible la desorganizacion de un estado de cosas, ya insuficiente para inspirarla amor ni miedo, y que para sustraerse á los padecimientos que la asedian por todas partes, mira con júbilo los peligros transitorios de la guerra.

Tal era el estado moral de la nacion que tenia frente á frente á los bárbaros, muchedumbre innensa, dotada de singular denuedo, animada exclusivamente del espíritu belicoso, rica de virtudes domésticas mezcladas con los indispensables vicios engendrados por la fuerza. Sorprendente hasta lo sumo era el contraste que se advertía entre caudillos en la flor de sus años, elegidos únicamente por el mérito de sus personas, y Augustos inactivos y holgazanes; entre las asambleas celebradas á cielo raso, y las tenebrosas intrigas de los consejos romanos; entre ejércitos compuestos de soldados desnudos intrépidos, y tropas venales que abandonaban las fatigas y tenian horror á los peligros. Aguijaba á los germanos el anhelo de adquirir una patria, y los romanos se cuidaban ya muy poco de esforzarse en defensa suya. Para iu-

fundirles aliento tenían los unos las promesas de una religión sanguinaria que recompensaba la cruel matanza con una eternidad de delicias; dividíanse los otros entre un culto anticuado y voluptuoso que perecía por instantes, y una fé nueva, cuyo reino no era de este mundo, y que enseñaba á presentar una mejilla despues de haber recibido una bofetada en la otra. Vivian los germanos bajo una vigorosa organizacion de tribus; habiendo perdido los romanos el patriotismo, ya no poseían ningun manantial de energía. Sencillo y rápido era el gobierno de los primeros; el de los otros se hallaba depositado en manos de los agentes del fisco y de los legistas, que semejantes á los vampiros, sólo tenían fuerza para chupar la sangre del pueblo. Entre los bárbaros las mujeres excitaban la bravura y empujaban á belicosas proezas; en las naciones cultas segregaban ellas de los negocios públicos á los hombres; á veces hasta hacian traición á su país, como aconteció con la mujer de Estilicon, que llamó en su ayuda á Alarico; con Honoria, que quiso entregarse á Atila, y con Eudoxia, que trajo á Roma á Genserico.

Roma no había podido proceder con los germanos de la misma manera que con las demas naciones de Europa, puesto que cuando vino á las manos con ellos, no eran ya todos los patricios, legalmente congregados, quienes arrastraban en pos de su huella á la plebe en masa, sino algunos hombres á impulsos de la ambición ó de la avaricia; ya no se combatía por la patria, sino para realizar el pensamiento de una monarquía universal. Hubieron, pues, de llevar la mejor parte los germanos; y si el pueblo de Marte hubiera querido retardar algun tanto su caída, solamente lo alcanzara reanimando su elemento primitivo, esto es, la fuerza. Se estuvo á punto de reconocerlo cuando el imperio vió aparecer á su cabeza una série de príncipes valerosos, aguerridos en los campamentos y encumbrados al trono por su bravura; desgraciadamente muchos de ellos, apenas se habían vestido la régia púrpura, se despojaban de la coraza, ó bien ajenos á todo otro arte que el de la guerra, abandonaban la administracion en malas manos.

Por lo que hace á los ciudadanos, una vez el extinguido amor de la patria con el furor de

la gloria, ¿qué resorte podia ya impelerles á agruparse bajo los pliegues de la bandera del imperio? con Huia espanto la masa del pueblo de la guerra; é iba multiplicándose de día en día el número de los que se hacían la amputacion del dedo pulgar, á fin de libertarse del servicio de la milicia. En un principio aquel que por sus talentos y su patriotismo había conquistado el mando de las tropas, elegía sus oficiales, y enteramente consagrado á sus soldados, dividía con ellos las fatigas, las recompensas y la gloria. Si por este conducto llegaba al consulado, reconocía debérselo á ellos, y al terminar sus funciones volvía á servir en un grado subalterno con las legiones de que había sido jefe. Cuando acabó de regir el sistema republicano, quedó el emperador en la clase de general supremo, y los comandantes de los ejércitos solamente fueron considerados como ejecutores de sus órdenes; él era quien salía vencedor allí donde su habilidad ó sus brazos se habían señalado, él quien triunfaba, él quien añadía á su nombre el de los pueblos vencidos.

De consiguiente, nada había que brindara poderoso estímulo para abrazar la peligrosa carrera de las armas, que, por otra parte, no era ya una necesidad como en tiempos anteriores. Todavía fué ménos solicitada cuando Galieno prohibió á los senadores figurar como caudillos de las tropas, sin duda para oponer robusto dique á sediciones harto frecuentes. Entonces los patricios se sumergieron en la ociosidad más profunda, y huyendo con presteza de la Italia, fueron á ocultarse en la Macedonia, en la Dalmacia, en la Tracia para verse libres del servicio militar y de las dignidades, obligaciones onerosas y que no reportaban ya ninguna honra.

Perdíase la disciplina, aquel nervio de Roma, las filas de un ejército reclutado por la fuerza en medio de continuas sublevaciones, recompensadas á menudo por los emperadores, quienes se veían en la dura necesidad de ceder á las exigencias caprichosas de la soldadesca. Si intentaba el príncipe trasladar todas las legiones á una frontera, donde su presencia parecía indispensable, se negaban ellas á prestar obediencia, mostrándose además propicias á proclamar Augusto al primero que las prometiera reposo y liberalidades. Querellándose los solda-

dos del peso de sus armas, quisieron deponer primeramente la coraza y despues el casco; para la comodidad de las marchas preferían la caballería á la infantería, que en la solidez tenía su única ventaja; cesaron de fortificar á cada alto el campamento donde se establecían, y expuestos desde entonces sin ninguna defensa á los ataques del enemigo, no les quedaba más que el vergonzoso recurso de la fuga.

Si á pesar de todo el deseo de pasar de la clase de los oprimidos á la categoría de los opresores, impulsaba todavía á algunos á abrazar el oficio de soldado, en el cual les era dado entrar á saco las provincias, y constreñir á los emperadores á derramar liberalidades á manos llenas, no aconteció lo mismo despues de la época de Diocleciano. Entonces una severa disciplina redujo de nuevo al ejército á su verdadera índole de máquina obediente, si bien al mismo tiempo el fausto de la corte confería los títulos militares á gentes que nunca se habían señalado en los campos de batalla; sólo habían prestado al príncipe servicios personales. Túvose, pues, por más cómodo intrigar dentro de palacio que arriesgar la vida entre el estruendo de las lides, y forzoso fué en tales circunstancias recurrir al brazo del extranjero.

Roma sostuvo las primeras guerras con sus propias armas y con las de los pueblos á quienes sometiera á vasallaje, obligados á mantener de continuo cierto número de ginetes y de infantes, de bajeles y de marinos. Estos auxiliares obedecían á jefes de su nacion, y aun cuando á veces fueran iguales en número, y hasta superiores á los ejércitos romanos, perdían considerablemente su fuerza por ser reclutados en distintos pueblos, y por encontrarse aislados de las legiones y bajo las órdenes del general en jefe.

César fué el primero que tomó bárbaros á sueldo; Augusto imitó su ejemplo aumentándoles el salario, é introduciéndolos para su seguridad personal en las filas de la guardia pretoriana. Sucesivamente se halló agotada de fuerzas Italia, y los aliados quedaron reducidos á la condicion de provincianos y privados en su consecuencia del uso de las armas; hubo, pues, necesidad absoluta de recurrir á los bárbaros. En virtud de la constitucion de su banda guerrera, los germanos, raza robusta y aguerrida,

ponían de buen grado su valor al servicio del extranjero, contentándose con una escasa racion y un módico salario. Fueron de consiguiente preferidos por los emperadores, á quienes parecía además sumamente ventajoso diezmar por este medio á aquella poblacion formidable.

Pero la tiranía acabó por último resultado por suicidarse. Excluyendo de los ejércitos á los de las provincias y á los ciudadanos, se obtenía momentáneamente el reposo, pero se extinguía la bravura, al propio tiempo que se hacía más temible el enemigo, añadiendo la disciplina á su natural denuedo.

Pareció que al extender Caracalla los derechos de ciudadanía á todo el imperio hubiera debido despertar en el corazon de los provincianos el espíritu belicoso que había estirpado en ellos la conquista, pero constantes rebeliones disuadieron á sus sucesores de restituir á los ciudadanos los hábitos militares, y más de de un emperador tuvo á ventura eximir á los provincianos de la milicia, mediante un tributo que le servía para satisfacer su sueldo á los germanos.

Estos, inferiores en un principio en número á las legiones, fueron mantenidos dentro de los límites de la subordinacion con facilidad suma, si bien en breve ocuparon asimismo un puesto en las filas privilegiadas de los legionarios; con posterioridad no asalariaba ya solamente el imperio á bandas de hombres de armas, sino á poblaciones enteras; socorros pérfidos, puesto que en el momento crítico se negaban abiertamente aquellos auxiliares á esgrimir las espadas contra sus hermanos. Llenos de codicia preferían el saqueo al combate. Inspirados é impelidos por el capricho obligaban al general á presentar batalla cabalmente cuando el momento y el lugar eran ménos oportunos. Por último, volvían sus armas en contra de sus mismos soberanos.

Cuando ya estuvieron los ejércitos completamente formados de este modo, se confió asimismo á los bárbaros el mando, los que también fueron encumbrados á las más altas magistraturas y hasta al consulado. Roma debió á aquellos aventureros bárbaros insignes capitanes, si bien no reconocían por móvil el amor de la patria ni aquel pundonor que enjendra el